

*secta mahometana* de San Pedro Pascual (compuesto hacia 1290), el *Poema de Yúçuf* (compuesto a fines del siglo XIII o en el XIV), *El Caballero Cifar* (entre 1300 y 1305), la *Vida de San Ildefonso* (hacia 1303, cuando se instituye la festividad del Santo por el Concilio de Peñafiel), unos fragmentos de la *Leyenda del Santo Grial* (*Libro de Josep Abarimatia*, *Estoria de Merlín y Lançarote*) compuesta hacia 1313, fragmentos de un *Tristán* castellano (hoja del siglo XIV) y *Los siete Infantes de Salas* (refundición perdida de hacia 1320).

Como se ve, se trata de una muy completa selección de la literatura española medieval, que prestará un invaluable servicio a los estudiosos de la lengua de aquella época y también a los que sin mayor interés lingüístico, se dedican al conocimiento de la historia de la Edad Media en España.

CARLOS VALDERRAMA ANDRADE.

Instituto Caro y Cuervo.

BRUNO SNELL, *La estructura del lenguaje*, versión española de M. Macau de Lledó, (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 92), Madrid, Editorial Gredos, 1966. 218 págs.

La idea central de esta obra (evidentemente inspirada en Bühler) es la tripartición de los fenómenos del comportamiento humano, del pensamiento y de la expresión lingüística. Se considera que la *Morfología* del lenguaje se configura en tres modos expresivos que agotan la totalidad de lo expresable: *a* hace *b*, *a* es *b*, *a* tiene *b*; que todo movimiento es intencional, imitativo y expresivo, etc. Esta tripartición se prosigue en los diversos capítulos dedicados a *Los sonidos*, *La palabra*, *La oración*, *Las clases de palabras*, *La flexión*, *Los grupos de significación*, *Cambios de significación*, *Espacio, tiempo, causalidad*, *Los géneros literarios*, *Filosofía*.

Es un sino no ciertamente afortunado de los conceptos en boga, 'modernos', 'actuales', el extenderse a campos cada vez más amplios y el de usarse con frecuencia en contextos en los que de su contenido originario o generalmente aceptado poco o nada queda y en que sólo parece restar el deseo del autor de aprestigiar su obra con una palabra famosa, con poca o ninguna preocupación porque el contenido real corresponda a la expresión. Tal es el caso de 'estructura' que bien podría ilustrarse en esta obra, en la que de 'estructura', como generalmente se entiende, poco o nada se dice.

Aunque cada vez es más evidente que una lingüística que quiera hacer verdadera claridad sobre su objeto de estudio no puede limitarse,

como lo hace por ejemplo el más estricto descriptivismo norteamericano, al puro *ἔργον*, al producto completamente desligado de la actividad mental que lo produce, sin embargo es cuando menos un abuso terminológico que desconcierta el hablar de 'estructura del lenguaje', cuando el lenguaje en sí, como producto, apenas aparece tangencialmente y de lo que se trata en realidad es de tejer una serie de consideraciones filosóficas y psicológicas que bien pueden tener importancia para la gnoseología, para el problema de la relación de lenguaje y pensamiento, etc., pero que están muy lejos de proporcionar una visión global del fenómeno humano del lenguaje en su totalidad. Y como el autor basa su estudio sobre los fenómenos observados en algunas lenguas indoeuropeas (en la práctica casi únicamente el griego y el alemán), la observación que le ha hecho W. Winter (*Lan*, XXIX (1953), pág. 194) es justa: "It would, however, have been better if the author had claimed no more for the results of his investigation than that they apply to the languages actually discussed, without risking conclusions about language in general. As a title *Der Aufbau UNSERER Sprache* would have been more realistic than the one chosen".

Por lo demás no es siquiera muy seguro que los resultados sean aplicables a las lenguas en que se ha basado la investigación. Todo el libro está lleno (mejor sería decir que consta) de afirmaciones sin demostración alguna, y en muchos casos mínimamente convincentes, por ejemplo:

Los sustantivos de materia como oro, agua, etc., se refieren a aquello que un objeto "es", si se prescinde de su objetivo y de la forma bajo la cual se presenta, mientras que las denominaciones de animales, plantas, órganos y utensilios captan un "ser" que viene determinado por su estructura teleológica (pág. 151).

Porque es esencial a todas las cosas el "ser" en distintos sentidos: cada una de las tres formas del sustantivo designa la "esencia", pero destaca diversas formas del ser (pág. 153).

Pero, junto a la unión intencional de dos verbos (tomo la manzana y la como) y junto a la real-causal (llueve y se moja), hay una tercera, como en el ejemplo "estoy contento y me río" (pág. 176).

Son tres las peculiaridades de lo anímico con las que nos encontramos tanto en Safo como en Virgilio: que se trata de algo "poseído", esto es, que "lo mismo" puede surgir en diversas cosas, que es algo tenso y por lo tanto, intensivo y, finalmente, que es algo personal, que surge de la intimidad (págs. 188-189).

Pues el dominio propiamente dicho de los nombres propios es la designación de determinadas personas que se distinguen de las cosas, precisamente, por el hecho de que pueden actuar hacia un objetivo, y si el empleo de

nombres propios se extiende a los dioses [...] esto lleva siempre implícito [...] que lo así designado se entiende como individuo actuante (pág. 148).

Ya en los movimientos expresivos nos hemos encontrado con que lo alto nos parece alegre y lo bajo deprimido. Esto depende, naturalmente, del hecho de que el crecer vivo tiende hacia arriba y de que, por el contrario, lo marchito cae al suelo (pág. 146).

Por lo que hace a la filosofía que inspira la obra (creo que ella tiene mucho más de filosofía que de lingüística propiamente tal) parece ser el idealismo platónico, pues a cada paso nos encontramos con ideas o formas puras arquetípicas, con relación a las cuales se conforman las realidades lingüísticas o encarnación de las cuales son los fenómenos. Así:

pero para todo lo designado por verbos vale fundamentalmente esto: lo contrastamos con algo perfecto, que sólo existe en el pensamiento y según esta idea, o teniendo en cuenta esta idea, damos nuestras denominaciones (pág. 135).

con las palabras está dada en estos ejemplos una idea del objeto, tal como éste debería ser en realidad, la palabra apunta a lo auténtico, puro, verdadero, a algo, que, realmente no "existe", pero con lo cual podemos, sin embargo, contrastar algo dado (pág. 195).

Esta "profundidad" del lenguaje, que va más allá de lo que el hablante particular puede penetrar, no debe llevar a que saquemos la consecuencia siguiente: si el lenguaje es tanto más inteligente que cualquier hablante, no puede estar hecho arbitrariamente por el hombre. También aquí hay que distinguir entre el principio del lenguaje y el modo como este principio se expresa en el idioma concreto (pág. 196) [¿la *idea* encarnada?].

En fin, si un extremo del moderno quehacer lingüístico, el más exitoso y bien cotizado, parece incompleto por considerar el lenguaje como puro objeto cuasi-natural, con muy poca atención por los procesos mentales que lo producen, el otro extremo, bien ilustrado en el libro de Snell, fundamentalmente centrado en el proceso mental, resulta igualmente vicioso y da la impresión de una especulación individual un tanto arbitraria, que si contiene ideas más o menos brillantes o sugestivas, las deja en ese estadio sin que puedan llegar al de verdades racionalmente probadas.

JOSÉ JOAQUÍN MONTES GIRALDO.

Instituto Caro y Cuervo.